

CUATRO POEMAS

A mi viejo y docto amigo, el poeta Dámaso Alonso, al cumplir sus sesenta años de edad.

con epígrafe y colofón, de LEON FELIPE

EPIGRAFE

¿Por qué están hechos nuestros
ojos para llorar y para ver?...

I

LA CRUZ

Y ME ENCONTRÉ, de pronto, en una tenebrosa soledad
sin otra compañía que la angustia, el desamparo y el terror.
Entonces quise morir. Vine a estar casi muerto. ¡Qué cerrada agonía!
Luego llegó el milagro.
Y ahora, desde hace algunos días, voy abriendo los ojos a la vida otra vez.
He vuelto... Como Lázaro he vuelto.
Y he vuelto a rezar. En la forma sencilla de las almas humildes: con el Padre Nuestro:
"Señor... venga a nos el Tu reino."
Estas son las primeras palabras del hombre desnudo, pidiendo la Luz.
Desnudo estoy también, Señor, y mi pobre cerebro no pasa de aquí...
"Venga a nos el Tu reino." Esta es mi oración...
Uno se va y vuelve —yo he estado dormido mucho tiempo—
Uno se va y vuelve a decir las viejas palabras rutinarias.
Pasan los siglos y uno no hace más que repetir las viejas palabras rutinarias...
No hay palabras nuevas, la vieja canción es la eterna canción:
"Padre Nuestro que estás en los cielos... Venga a nos el Tu reino."
Creo que hay un mundo y un cielo pequeños y nuestros donde tenemos, hoy, que organizar nuestro destino;
Creo que más allá existen otros mundos y un Dios más grande, que ahora no podemos comprender;
y creo que lo nuestro hoy, lo que se acomoda a nuestra altura presente... es la Cruz
Y la Cruz también es mía.
Nada se ha inventado sobre la tierra más grande que la Cruz
Hecha está la cruz a la medida de Dios, de nuestro Dios
Y hecha está también a la medida del hombre
Hazme una cruz sencilla, carpintero...
sin añadidos ni ornamentos...
que se vean desnudos los maderos
desnudos... y decididamente rectos:
los brazos en abrazo hacia la tierra, el ástil disparándose a los cielos...
que no haya un solo adorno que distraiga este gesto
este equilibrio humano de los dos mandamientos...
Sencilla, sencilla... Hazme una cruz sencilla, carpintero.
Aquí cabe crucificado nuestro Dios,
nuestro Dios Próximo,
nuestro Pequeño Dios,
El Señor,
el Enviado Divino,
el Puente Luminoso,
el Dios hecho Hombre o el Hombre hecho Dios,
el que pone en comunicación nuestro pequeño recinto planetario solar
con el universo de la Luz absoluta.
Aquí cabe ¡crucificado!... en esta cruz...
Y nuestra pobre y humana arquitectura de barro... cabe... ¡crucificada también!

II

CREDO

A QUÍ ESTOY...
En este mundo todavía... Viejo y cansado... Esperando a que me llamen...
Muchas veces he querido escaparme por la puerta maldita y condenada
y siempre un ángel invisible me ha tocado en el hombro y me ha dicho severo:
No, no es la hora todavía... hay que esperar...
Y aquí estoy esperando...
con el mismo traje viejo de ayer,
haciendo recuentos y memoria,
haciendo examen de conciencia,
escudriñando agudamente mi vida...
¡Qué desastre!... ¡Ni un talento!... Todo lo perdí.

Sólo mis ojos saben aún llorar. Esto es lo que me queda...
 Y mi esperanza se levanta para decir acongojada:
 Otra vez lo haré mejor, Señor,
 porque... ¿no es cierto que volvemos a nacer?
 ¿No es cierto que de alguna manera volvemos a nacer?
 Creo que Dios nos da siempre otra vida,
 otras vidas nuevas,
 otros cuerpos con otra herramienta,
 con otros instrumentos... Otras cajas sonoras
 donde el alma inmortal y viajera se mueva mejor
 para ir corrigiendo lentamente,
 muy lentamente, al través de los siglos,
 nuestros viejos pecados,
 nuestros tercos pecados...
 para ir eliminando poco a poco
 el veneno original de nuestra sangre
 que viene de muy lejos.
 Corre el tiempo y lo derrumba todo, lo transforma todo.
 Sin embargo pasan los siglos y el alma está en otro sitio... ¡pero está!
 Creo que tenemos muchas vida,
 que todas son purgatorios sucesivos,
 y que esos purgatorios sucesivos, todos juntos,
 constituyen el infierno, el infierno purificador,
 al final del cual está la Luz, el Gran Dios, esperándonos.
 Ni el infierno... ni el fuego y el dolor son eternos
 Sólo la Luz brilla sin tregua,
 diamantina,
 infinita,
 misericordiosa,
 perdurable por los siglos de los siglos...
 Ahí está siempre con sus divinos atributos.
 Sólo mis ojos hoy son incapaces de verla...
 estos pobres ojos que no saben más que llorar.

III

BALBUCEOS

SÉ MUY POCAS cosas...
 No he leído los libros cabalísticos...
 Mi cerebro es muy corto...
 No entiendo nada. Soy viejo
 y todo me parece un gran enigma.
 La filosofía y las profundas especulaciones me paralizan y me aturden. Físicamente me destruyen.
 Hay muchas puertas por las que no he podido entrar...
 ¡Cuántas veces me he quedado llorando a la puerta cerrada de Dios!
 Sólo alguna vez, por el resquicio de mi llanto, he vislumbrado no sé qué lucecillas... y me he dado a soñar.
 Luego me he puesto a escribir.
 Así han salido mis versos... desgarrándome, con ansiedad y con dolor...
 Nada son, sin embargo, bien lo sé... Balbuceos...
 lenguaje infantil y primario...
 ¿Cuándo comenzaré a hablar?...
 ¿Cuántos siglos tendrán que transcurrir todavía
 para que pueda pronunciar las palabras esenciales
 cargadas de conocimiento, de amor, de Luz...

IV

EL INFIERNO

ALGO HAY mal hecho aquí...
 en mi carne y en mis versos.
 ¡Me abrasaría!... ¡Lo quemaría todo!...
 Pienso en el fuego siempre como el triunfo final.
 ¡Gran triunfo es el arder!... ¡Oh, la esperanza del infierno!
 ¡Oh, el infierno del que sale el perdón!...
 ¡Oh, el fuego último del que sale la Luz!
 ¿Y si al final no hubiese más que Luz
 y uno fuera la Luz y la pupila a la vez...
 no el llanto y los ojos, como ahora nos sucede?

COLOFON

Luz...
 Cuando mis lágrimas te alcancen
 la función de mis ojos
 ya no será llorar,
 sino ver.